

PREGÓN DE LAS FIESTAS DEL CORPUS CHRISTI DE TOLEDO DEL AÑO 2010

por

José María González Cabezas

LOS ESPONSALES DE CRISTO Y TOLEDO

Dignísimas autoridades, queridos amigos y amigas:

Antes de comenzar quiero dar las gracias a todas las personas que han colaborado para hacer posible este evento que marca el preludio de las fiestas mayores de la ciudad de Toledo.

Michas gracias al Excelentísimo Ayuntamiento que se ha fijado en este ciudadano de Toledo y le ha concedido el gran honor de ser el pregonero del Corpus Christi en el año en que felizmente la fiesta vuelve a celebrarse en jueves, así como al arzobispado que en colaboración con la alcaldía ha conseguido lo que el pueblo de Toledo venía reclamando desde hace muchos años. Gracias a D. Agustín Puig Sánchez, que ha prestado amablemente las fotografías que ilustran el pregón. Gracias a D. Diego Esteban Sánchez, que es el artífice del espectáculo multimedia que vamos a presenciar. Gracias a este maravilloso equipo de técnicos y a todo el personal del Teatro de Rojas sin cuya colaboración sería imposible el acto de esta tarde. Gracias a mis alumnos y amigos D. Rodrigo Díaz García y D. Alejandro González Mateo, que han sacrificado horas de estudio para colaborar en este acto. Gracias a las manos expertas de D. Iván que llenarán de notas armoniosas los muros de este coliseo. Muchas gracias a la Coral Silíceo, mi coral, donde se encuentran mis compañeros y amigos y que ha acudido de manera solícita a mi llamada. Con ellos me encuentro seguro. Son el soporte que necesito, pues sus voces llenarán la sala para cantar la gloria de un Dios que se hizo hombre y que se quedó con nosotros para siempre bajo las especies de pan y vino, como rezan los versos de Lope de Vega: "¡Qué bien os quedasteis, galán del cielo, que es muy de galanes quedarse en cuerpo" y gracias especialmente a D. Ángel José Redondo Segovia, que la dirige con mano certera y cercana.

Se ruega al público no aplaudir hasta la conclusión del acto. Gracias a todos.

LA AMADA

Entrado se ha la esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado

sobre los dulces brazos del Amado.

Era jueves. El sol brillaba ese día con una luz especial en lo alto del firmamento. No quería perderse la fiesta que se avecinaba y a la que estaban todos invitados. Los suaves Céfiros al alba exhalaban su aliento sobre el rostro de la Amada y perfumaban el aire con aromas de tomillo, romero y espliego que embriagaban los sentidos. ¡Ya está aquí la primavera! Y hasta la ciudad llega el palpito del campo.

La Amada no ha podido dormir, su nerviosismo ha impregnado toda la vigilia. Muy de mañana se ha levantado para estar preparada. Si hubiese podido descansar se habría despertado con las bombas reales y los alegres pasacalles que anuncian la ceremonia. Pero no importa, ella está feliz. Desea estar deslumbrante para el mejor Amado que nadie haya podido tener. A su lado, desde primeras horas, todos sus amigos y amigas preparan el vestido, el tocado y el ramo. Sobre su cuerpo las mejores telas, damascos y bordados. Para resaltar aún más su belleza han trabajado las mejores manos y los mejores talleres. Trenzando hilo a hilo, combinando color a color, se puede percibir una sinfonía de luz que se concreta en escenas de una gran variedad temática: contemplamos el brazo de Abraham detenido por el padre Dios para evitar un sacrificio innecesario, reconocemos la alegría de Sara cuando se le comunica que va a ser madre, entendemos la ira de Dios cuando los israelitas en el desierto adoran un becerro de oro, vislumbramos el rayo de luz que descabalga a Saulo y que le impulsa a cambiar su destino, nos sobrecogemos con la lapidación del primer mártir cristiano y festejamos el amor divino y humano que transpiran Venus, Dido y Eneas.

Sobre su cabeza el mejor tocado. Se ha guardado durante mucho tiempo para esta ocasión y en su tela hay cicatrices de todas las edades. No es un tocado de terciopelo, es mucho más humilde, pero no importa. Ella lo ha elegido porque es un valioso presente, regalo del Consistorio de su ciudad y del Cabildo de su iglesia. Cosido y recosido por todos sus vecinos año tras año, siglo tras siglo. Ella sabe que el amor no se oculta tras el oro y la vanagloria, sino tras el trabajo sosegado y esmerado que realiza cotidianamente el artesano y el obrero en su taller de manera humilde y silenciosa. Por eso lo ha aceptado como un don de su pueblo y lo va a exhibir orgullosa por las calles.

En sus manos el mejor ramo. La suavidad de las camelias, la elegancia de las rosas, el olor penetrante de las celindas, el color luminoso de los geranios, el aroma sencillo del tomillo y del romero, la esbeltez del lirio y la fragancia humilde del espliego.

Al llegar las once en punto de la mañana ya está preparada, nerviosa, temblando de emoción. A las once de la mañana voltean las campanas, la música lucha por

salir de cada instrumento para participar en la fiesta. ¡Qué hermosa está la amada! ¡Qué hermosa está Toledo, mi Toledo! ¡Sultana de corazón cristiano y alma judía!

Eres: mirada clara, mar en calma, mariposa de alas doradas,
Aire limpio, amanecer, altar de ofrendas divinas,
Ramo de mirto, risa fresca, río caudaloso,
Ilusión celeste, idilio, índice de preciados códices,
Amor oculto entre las brumas de la memoria.

EL AMADO

¡Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las Ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos;
la noche sosegada,
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.

La luz del día se ha instalado en los ojos del Amado y éstos reflejan la alegría que siente, pues tiene la certeza desde siempre de que no hay amada mejor que la que se está preparando para recibirle. Ya hizo su elección cuando decidió hacerse hombre asumiendo una naturaleza que le era impropia para entender el amor, el dolor, la alegría, el sufrimiento, la lucha, el fracaso, el llanto, la risa y todos los sentimientos de los seres que salieron de sus manos. No renunció a nada, no quería que nada le fuese ajeno. La amada ha aprendido de Él lo que es el verdadero amor. Amar no es decir bellas palabras de amor, amar es aguardar, respetar, ayudar, entender, sentir, perdonar, renunciar, vivir en otro y para otro, "olvido de uno mismo en otro olvido", entregar gustosamente la vida para que otro viva. El Amado ha hecho ya todo eso por su amada y ha decidido quedarse definitivamente con ella para siempre de forma tangible:

"Pan divino y gracioso,
sacrosanto manjar que das sustento al alma mía,
Dichoso fue aquel día, punto y hora,

que en tales dos especies Cristo mora,
Que si el alma está dura, aquí se ablandará con tal dulzura”

(coro)

El Amado se prepara también para la ceremonia. Va a vestirse sus mejores galas: un ostensorio de oro y perlas labrado por el mejor joyero adornará su cuerpo y, por manto, una hermosa saeta calada que hiere las nubes para unir en un instante el cielo y la tierra. Filigrana de columnas, pináculos y doseletes que cobijan profetas, santos y obispos toledanos. Arca de plata sobredorada que guarda celosamente la Nueva Alianza. Grial de esmeraldas, zafiros y rubíes. Patena de sol, sostenida por ángeles, acompañada por el tañido de campanillas y adornada de esmaltes. Sobre su base los doce apóstoles, las nuevas tribus de Israel, columnas y pilares de su Iglesia. En su cabeza la tiara de triple corona: Dios que se hace hombre y que nos deja su Espíritu. La naturaleza humana en el cuerpo tierno, indefenso y rollizo de un niño; la grandeza de Dios en el cuerpo del Hijo resucitado, vencedor de la muerte, y la fuerza del Espíritu en el vuelo limpio y blanco de la paloma.

Ante este gran misterio nuestra lengua se une a la de Tomás de Aquino para recitar con él:

"Que la lengua humana
cante este misterio:
la preciosa sangre
y el precioso cuerpo.
Quien nació de Virgen
Rey del universo,
por salvar al mundo
dio su sangre en precio.

Se entregó a nosotros,
se nos dio naciendo
de una casta Virgen;
y, acabado el tiempo,
tras haber sembrado,
la Palabra, al pueblo,
coronó su obra
con prodigio excelso.

Fue en la última cena
-ágape fraterno-
tras comer la pascua
según mandamiento,
con sus propias manos
repartió su cuerpo,
lo entregó a los doce
para su alimento."

Todo está preparado. El pueblo ha sido invitado con las mejores cartas de presentación. Cartas que llevan la impronta de la historia y de los hijos célebres de la ciudad, cartas que se han acomodado a las tendencias y modelos de cada momento. Ya están dispuestos los vecinos, ataviados con las mejores prendas que la ocasión merece. Ya sale el Amado al encuentro con la amada y al asomar descubre el suelo perfumado, los balcones vestidos con mantones y reposteros, las calles iluminadas para que el día resplandezca aún más, los muros adornados con los vistosos colores de mil ramos y guirnaldas de flores.

Avanza lentamente por la calle del cardenal que dedicó la antigua capilla del Corpus Christi a capilla mozárabe restaurando el rito toledano y editando de nuevo su misal. Y en cuanto todos los que se han agolpado para ver su rostro lo vislumbran, unen sus voces cantando al unísono:

"Y la gloria del Señor será revelada
Y todos los seres juntos lo verán:
Porque la boca del Señor lo ha dicho"

(Coro)

Conforme camina no cesa de sonreír y acariciar particularmente a los niños. Éstos se acercan y le lanzan cientos de pétalos de rosas como ya hicieron agitando alegremente las palmas y los ramos de olivo cuando entró triunfalmente en Jerusalén. Él se siente especialmente bien con los niños e invita a todos a ser como ellos porque sólo en la inocencia se encuentra la verdad, el auténtico amor y la única libertad.

Tras recorrer dificultosamente unos cuantos metros llega a un lugar más amplio, confluencia de calles, de oficios y de pueblos, donde desembocan todos los que

quieren saludarle, tocarle, sentirle. Han cerrado sus tiendas para asistir a la fiesta los cereros, los zapateros y los librereros, y los escaparates de sus negocios quieren rendirle un homenaje representando escenas de su vida. Muy cerca de aquí vivían antaño los suyos, pero Él no vino en exclusiva para ellos, sino para todos los hombres y generaciones, y por eso hoy camina entre nosotros; nos tiende su mano y nos levanta cuando tropezamos y caemos; nos acurruca en su regazo cuando estamos cansados; y nos alimenta cuando tenemos hambre. De la profundidad de pensamiento de D. Miguel de Unamuno nacen estos versos:

"Amor de ti nos quema, blanco cuerpo;
amor que es hambre, amor de las entrañas;
hambre de la palabra creadora
que se hizo carne; fiero amor de vida
que no se sacia con abrazos, besos,
ni con enlace conyugal alguno.
Sólo comerte nos apaga el ansia,
pan de inmortalidad, carne divina."

Ante tan enorme generosidad las bocas de todos los presentes estallan en una plegaria que es un canto de admiración:

"El Pan de los Ángeles,
se convierte en pan de los hombres;
El Pan del cielo
termina con todas las prefiguraciones:
¡Oh cosa admirable!
Consume a tu Señor
el pobre, siervo y humilde."

(Coro)

Continúa el cortejo entre aclamaciones y aplausos. El Amado se acerca a saludar todos, pero siente una especial predilección por los que están en segunda fila: los que sufren calladamente porque desde su más tierna infancia les han enseñado que deben resistir en silencio las iniquidades que les depare la vida y sus semejantes, los que carecen de medios para lucir en sus cuerpos las galas que la fiesta merece, pero que han acudido a la ceremonia porque saben que Él

no contempla el hábito, sino el corazón. Con ellos se detiene, para todos ellos tiene una sonrisa, una palabra de aliento y de ayuda.

Poco a poco desemboca en la plaza, espacio irregular que fue mercado, tribuna de reyes en oficios santos y paganos, ágora civil y eclesiástica, escenario de juegos y teatros, auditorio de juicios y liturgias, tránsito entre la alcazaba y el palacio, capilla de la preciosa sangre de Cristo que lava las culpas de los ajusticiados sin honor y sin familia.

Al llegar a este amplio recinto se detiene por un momento a observar los afanes de los presentes, a aceptar la pleitesía que le rinden con sus crespones desde los balcones todas las repúblicas hermanas del otro lado del Océano y a alegrarse con todos del júbilo de este día tan especial para Él. Se hace el silencio y en todo el lugar resuena el eco de los versos de Gerardo Diego:

"Ya no tengo otra cosa que hacer más que escucharte,
Sacramento Santísimo,
Acto, Pacto redondo de eternidad y plazo.
Veo en torno de mí ¿qué es lo que veo?
¿Dónde fueron los Ángeles?
Ahora son llamas,
Bravías llamas que lamerme quieren
Con lenguas de oro verde y lacre ardiendo.
Soy el centro visible de no sé qué universo,
Soy acaso una pira y en mí se apiña y quema
La alada pesadumbre de una sacra Toledo."

Todos han escuchado con veneración la alocución y antes de iniciar nuevamente su camino para llegar a casa de la madre, su madre, la mejor madrina que puede tener y la mejor madrina que nos puede dejar, un coro improvisado de voces entre la multitud proclama:

"Gloria a Dios en el cielo"
(Coro)

La hora se aproxima. Es preciso acelerar el paso. Su madre está también preparada. Hace horas que espera a su hijo para acompañarle al altar. En esta ocasión no es el invitado como sucedió en Caná, hoy es el protagonista, el centro de todas las miradas. Está feliz y nervioso a la vez, como les sucede a todos los

novios, pero Él sabe que su madre está a su lado, como siempre lo estuvo. Mano blanca de azucena que guía los pasos del niño cuando empieza a caminar, mano suave de espuma que vigila en silencio y en la sombra los tropiezos y las dudas del adolescente, mano fuerte de lirio que sostiene y acoge el cuerpo lacerado y dolorido del hijo sacrificado, mano perfumada de albahaca que acaricia el rostro luminoso del resucitado.

En la calle donde está su imagen traspasada por siete puñales y donde la costurera dejaba sus alfileres en prenda por su recuperación, se encuentra María de todas las advocaciones toledanas esperando a su hijo: Mater Dolorosa, María de la Soledad, de las Angustias, del Amparo, del Rosario, María de la Caridad, de la Esperanza, de la Alegría, María del Valle, de la Cabeza, de la Bastida, María de la Estrella, de la Guía, María del Sagrario.

En cuanto lo ve, sale a su encuentro para juntos recorrer el último trayecto. La alegría de ambos se trasluce en sus rostros. Una lágrima de amor recorre su mejilla de nácar. Al llegar junto a Ella, Madre e Hijo se funden en un abrazo y los labios del Amado le susurran al oído el mejor de los piropos, como ya hiciera en su día el arcángel San Gabriel:

"Ave, María, gratia plena, Dominus tecum."

(Coro)

Caminan uno al lado del otro hacia el templo santo y de nuevo una voz anónima entre la multitud exclama en verso:

"Que viene por la calle Dios, que viene
como de espuma o pluma o nieve ilesa;
tan azucenamente pisa y pesa
que sólo un soplo de aire le sostiene.

Otro milagro, ¿ves? Él, que no tiene
ni tamaño ni límites, no cesa
nunca de recrearnos la sorpresa
y ahora en un arco de aire se contiene.

Se le rinde el romero y se arrodilla;
se le dobla la palma onduleante;
las torres en tropel, campaneando."

Al pasar por la plaza de San Vicente ambos escuchan los cánticos piadosos de un reducido grupo de hermanas agustinas tras la celosía de su convento, que quieren unirse a sus vecinos en tan glorioso día. Aunque lejos y tras los muros, a la excelsa pareja no les pasan desapercibidas y con un ligero aleteo de sus manos, cual suave abanico de plumas, saludan alegremente a las enclaustradas y les dan las gracias.

Se aproximan a la casa de los padres de San Ildefonso en la que nació el santo que más defendió la virginidad de María, por eso Ella se detiene para saludar a sus actuales moradores. Sobre los antiguos cimientos los muros que albergaron la vida de aquel señor de Orgaz, que fue dechado de virtudes y que practicó todas las obras de misericordia, de tal manera que fue premiado en su tránsito al más allá con la presencia de San Agustín y San Esteban. El quinto señor de este título D. Juan Hurtado de Mendoza Rojas y Guzmán cedió a su hermano el solar familiar para que lo habitasen los hijos de Ignacio de Loyola. ¡Oh, retablo gigante en piedra escoltado por los mejores santos de la orden que arropan y elevan hacia el cielo a su fundador! Desde su atalaya divisa el cortejo y ondeando la bandera que lleva bordadas las iniciales del ilustre visitante prorrumpe en un cántico que brota de lo más profundo de su corazón:

"Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame,
Agua del Costado de Cristo, purifícame.
Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh Buen Jesús, óyeme!"

(Coro)

Deben proseguir sin pausa, porque las campanas de la catedral ya anuncian el comienzo de la ceremonia. El Amado no quiere hacer esperar a la amada. A medida que se aproximan, las muestras de alegría, los cánticos y las danzas crecen. Todos quieren estar en el templo. Nadie se quiere perder tan sagrado acontecimiento. Parece que las calles empequeñecen porque el tumulto no cabe por ellas. Cuando se encuentran cerca de la plaza, los invitados disparan al aire sus cohetes y bombas reales y en el recinto el eco repite el estruendo una y otra vez en una sinfonía de fuegos artificiales. Al verle entrar triunfante, se ilumina el rostro de la amada y al llegar a su altura, para juntos del brazo penetrar en el santuario, le recita estos versos que aprendiera de Lorca:

"¡Oh Forma sacratísima, vértice de las flores,
donde todos los ángulos toman sus luces fijas,
donde número y boca construyen un presente
cuerpo de luz humana con músculos de harina!

¡Oh Forma limitada para expresar concreta
muchedumbre de luces y clamor escuchado!
¡Oh nieve circundada por témpanos de música!
¡Oh llama crepitante sobre todas las venas!

Sin pronunciar palabra, ahogado por la emoción, le tiende el brazo y juntos, despacio, ceremoniosamente, caminan hacia el altar mayor, rincón de la memoria que conserva los momentos más significativos de la vida del Amado. Mientras se acercan, el órgano de Carlos V aclama con toda su trompetería en un juego de batallas imperiales a la pareja enamorada y el sacerdote que los recibe para iniciar la Eucaristía con los Evangelios en las manos pronuncia una oración:

"En la cena del Cordero,
habiendo ya cenado,
acabada la figura,
comenzó lo figurado
por mostrar Dios a los suyos
cómo está de amor llagado,
todas las mercedes juntas
en una las ha cifrado:
pan y vino material
en sus manos ha tomado,
y en lugar de pan y vino,
cuerpo y sangre les ha dado!"

Los cuatro Arcángeles y toda una legión de serafines y querubines abandonan en este día sus lugares en el Transparente para alabar la gloria de Dios en el altar mayor. San Gabriel y San Rafael saludan y escoltan cariñosamente a la Madre, alrededor del Amado San Miguel y San Uríel, y revoloteando y jugando con el vestido de la novia el coro de serafines. Y al comenzar la ceremonia proclaman:

"Aquese raro
prodigio de los prodigios
toca a la mies explicarlo,
de quien yo la espiga soy
que dio al sembrador el grano
de aquella nave que trujo,
exenta al común naufragio,
en sus entrañas el trigo
de quien se amasó este blanco
círculo para la forma
del inmenso, el soberano
misterio de estar el pan
en carne transubstanciado.

Pues el ángel en el cielo,
en el mundo las personas
y en el infierno el demonio,
todos a este pan se postran;
en el infierno, en el cielo
y mundo a un tiempo se oigan
dulces voces que le alaben
acordadas y sonoras."

El que nos ha enseñado lo que es el amor, por Amor se ha quedado con nosotros:

"Digno es el Cordero que fue inmolado,
Y que con su sangre nos ha redimido para Dios,
De recibir poder y riquezas y sabiduría,
Y fuerza y honra y gloria y bendición.
Bendición, honra, gloria y poder
Sean dadas a Aquel que se sienta en el trono
Y al Cordero por los siglos de los siglos."

(Coro)

AMEN